

Autobiografía del río Arlanza

JORNADA II

Buenos días, fraile amigo. Yo soy el río Arlanza, que me aupo en mi cauce para desleír otra jornada contigo. Tus hermanos los hombres han empezado a creer que también los ríos hablamos; que todos los seres de la creación tenemos un lenguaje común, que debéis despojaros de vuestro orgullo y de vuestra vanidad y mirarnos como lo que somos realmente: hermanos pequeños en la casa inmensa de un Padre común... Es de mañana, y esa neblina que ves en los árboles es mi aliento. A los chopos les halaga mi aliento, porque mi boca es fresca como la de una doncella de diez y ocho años. Pero el sol —te lo digo sin murmurar— es un poco envidioso y ya ves: desmadeja sus rayos para deshacer ese vaho mañanero.

Estamos en Salas, cabeza del señorío de su nombre y de su partido. Hasta esta misma puente de Santa Cecilia vinimos en amigable charla. Hoy te diré que Salas es una ciudad cuyos pies beso contento y agradecido. Hay limpieza y confianza en las calles de Salas. Esta pequeña ciudad tiene el sello y el vértigo de un sanc progreso. En su Ayuntamiento, cuya fachada oprime por el bajo punto de sus arcos, se respira una confianza de porvenir glorioso; 2.300 ciudadanos, frente a unos 450 en 1773, se afanan y han conseguido que el recinto de Salas saltara a la llanura en bloques de viviendas e industrias. Es el centro de la comarca para el comercio obligado; es la sala de espera de los lugareños antes de aparecer Burgos.

Hace acaso dos mil años, los romanos establecieron en ese cabezo una humilde colonia. Los godos no inmutaron nada; sólo aplicaron, según parece, su vocablo «sala», que significa quinta o villa, al lugar. Tras el paréntesis de la invasión árabe, fue el buen conde García Fernández, «el de las manos blancas», quien en el año 974 repobló a Salas. García Fer-

nández ordenó a su prohombre Gonzalo Gustios que fuera generoso con los nuevos pobladores. Sin duda has leído el documento, encabezado con la declaración de fe en la Trinidad y en la Concepción Inmaculada de María. Pásmate: Cuando en la Cristiandad faltaban nueve siglos para la proclamación de tan brillante dogma, ya los escribas de Salas nonnato, al dictado de Gonzalo Gustios, consignaban su fe en Cristo, Hijo único de una Virgen Inmaculada.

«Por orden y consejo de mi señor el conde García Fernández, poblé Salas y dí a los pobladores que la poblaron fueros y términos». Se instituyen autoridades en Salas y en las nueve villas que se la adjudican. Se declaran exentas del «fonsado» —militarización temporal contra los moros— a las autoridades civiles y a los vecinos que, durante el año, hubieran tomado esposa o levantado casa, y a dos labradores y molineros de cada villa. Para tu sonrisa quiero señalarte en cuánto tasaban aquellos hombres valerosos y rudos el cuerpo humano: el homicidio se castiga con 300 sueldos de multa; el arrancar una oreja, con 60; una mano o un pie, con 100; una herida con rotura de huesos, pagará 20 sueldos por cada hueso; una bofetada, con 200 sueldos; golpear con un palo, se pena con 30 sueldos, pero con una espada, con 5 sueldos. La herida de la espada se considera noble.

En el fuero se señalan los límites, los cultivos y los pastos. Yo ví llegar gentes del Norte, de las montañas de San Emeterio, de Santa Illana y de Oviedo. Venían con sus humildes aperos, sus enseres domésticos, empujando sus ganados. Me cruzaban por esta misma puente, convencidos de que España se ensanchaba a su venida. Gonzalo Gustios les señalaba residencia y heredad. Así renació Salas en fecha casi milenaria. En 1371, catorce de noviembre, Salas estrena régimen jurídico. En esa fecha, doña Leonor Castañeda, noble descendiente de aquel Gonzalo Gustios, funda un mayorazgo de los más poderosos de España, en cabeza de su único hijo don Pedro Castañeda Sánchez de Velasco, padre de la estirpe de los Condes de Haro, Condes estables de Castilla y Duques de Frías. Salas es la cabeza de ese mayorazgo, la piedra fina que corona la testa de los potentados y vinculada a ellos permanece hasta la supresión de todas las Jurisdicciones señoriales en el pasado siglo.

Un recorrido por Salas nos descubrirá detalles de interés. Observa que esta iglesia dedicada a la Santa de Roma tiene una traza gótica, aunque su retablo mayor es de estilo Renacimiento, y algunas imágenes barrocas. Cada época vuestra tiene su gusto propio y deja su huella; toda la gracia de los antiguos imagineros palpita en esa Virgen del castellano gótico y en esotra imagencita de nuestra Señora.

Salas se envanece razonadamente con su iglesia de Santa María. Ya su

situación es un balcón de privilegio y desde la cruz arzobispal que preside su campo se abarca la llanada y mi torcedura a la derecha al darme de frente con la peña de Carazo. Es tierra de romancero. Yo tengo aquí tantos versos como gotas de agua. Soy un río que en mi rumor canto poemas de muchísimos vates consagrados a la leyenda, a la historia y al amor. Entre los ríos, yo soy príncipe de verso.

Esta iglesia de Santa María nos da una primera lección en su buena portada de 1549. En la piedra hay grabadas sentencias tan severas y ciertas como éstas:

«En la casa del que jura
no faltará desventura».

«La maldición de la madre abrasa
y destruye de raíz hijos y casa».

La fábrica, reestructurada con decisión en la época renacentista, es vigorosa y de piedras talladas con escrúpulo. Los nervios de sus tres naves se marcan como los de un atlante. Su altar mayor es algo que atrae inmediatamente. El magnífico retablo renacentista está dedicado a María en el misterio de su Asunción. En el centro abocinado irradia una graciosísima Virgen con su Niño, de inconfundible impronta gótica. Los apóstoles, en formación de belleza y dignidad, montan una guardia de honor a la Madre de su Maestro y diez tablas de la mejor escuela nos reflejan con trazos purísimos las vidas de Jesús y de María.

Junto a este tesoro de altar mayor, el dedicado a San Benito no merece, sino que se asegundona. Como el Cristo de la nave izquierda que impresiona el alma por su aire de romántico en la obscuridad. Ya que has contemplado este retablo, vuelve, por favor, la vista a tu izquierda. Ahí ves un nicho demasiado sencillo y de gusto escaso para la página literaria que sintetiza. Parece increíble que esta (Postridie nonas septembris) hornacina la inaugurara: 6-IX-1924 —aquel— «gran señor de la elocuencia castellana», como llamó un Papa al Cardenal Benlloch, fachendoso, magnánimo y apolíneo. Ahí está el cofre que encierra las cabezas de los Siete Infantes de Lara y la de su preceptor Nuño Salido. Salas se apellida de los Infantes y es famosa por ellos en el mundo entero.

La leyenda es tan rica de contenido, que las dudas se han apoderado de muchos espíritus. Te diré, sin embargo, que su hornacina se ha abierto al menos dos veces: en 1579 —16 de diciembre— por Juan del Río Matienzo, y en 1 de mayo de 1737, por Francisco Núñez. La seriedad de los escribas certifica haber encontrado ocho cabezas.

Tantas veces se han recitado a mis orillas los versos y romances de los Siete Infantes, que en mis horas de soledad, con el murmullo de mis

aguas, las recito maquinalmente. En ellos hay un bueno y un malo, o mejor, una mala, papel que, en este caso, encarna doña Lambra o Lamberta de Bureba, sobre la que caen cuantos baldones pueden empequeñecer a una madre y a una esposa. Hay un cobarde y un valiente, unas víctimas y un vengador.

La tragedia que tantas páginas poéticas ha llenado, comienza en Burgos y en unas bodas, en los días en los que Gonzalo Gustios, acaso actor en el drama, daba fueros a Salas por orden de García Fernández. Jugando al bofordo, la lanza de Gonzalo González, el más pequeño de los siete hijos de Gonzalo Gustios, mata a Alvaro Sánchez, primo de Doña Lambra, que aquel día matrimoniaba con Ruy o Rodrigo Velázquez, señor de Vilviestre del Pinar. Las muertes en aquellos peligrosos juegos eran frecuentes y se aceptaban como una servidumbre.

Pero Lambra se contrajo de ira y pidió una venganza que sólo evitaron la autoridad del Conde soberano y la ponderada serenidad de Don Gonzalo Gustios. En Barbadillo del Mercado ocurre la segunda parte del drama. Lambra era señora de Barbadillo y allí tendré ocasión de mostrarle su palacio. Los Gustios acompañan a la altiva, que en fingida paz, ordena a un lacayo arrojar sobre el rostro del pequeño Gustios un pepino relleno de sangre. Siempre habeis sido los hombres intolerantes con estos gresos y los Gustios acuchillaron al criado, aunque se refugió bajo el rico brial de su señora. Las afrentas se redoblaron por ambas partes y yo temblé por lo peor, cuando la sangre del muerto llegó hasta mi cauce.

Actúa ahora Rodrigo Velázquez que, incapaz de enfrentarse con los Infantes, muñe una tenebrosa venganza; consigue por una parte, que Don Gonzalo sea comisionado a la corte mora de Córdoba, con documentos secretos para que sea eliminado. Pero el «hagib» Almanzor era demasiado grande —sobre mis aguas pasó repetidas veces con el señorío del vencedor— para vilezas de esta clase y retiene en su casa al incauto enviado.

En Almenar, tierras de Soria, mientras tanto, se consumaba la tragedia: en una algará, Rodrigo Velázquez sabe aislar a los hermanos González y a su maestro de armas Don Nuño, que caen como valientes ante las cimitarras. Lambra está satisfecha. Sonríe la rica hembra, aunque ha cometido siete veces el pecado de David con Urías heteo. Las cabezas son enviadas a Córdoba con intenciones que no he comprendido nunca, pues en Barbadillo creían muerto al padre de los Infantes.

Don Gonzalo Gustios se deshace en patetismo al reconocer los despojos de sus hijos. Sus palabras, sus gestos de caballero y padre herido, impresionan en Córdoba y abrasan a una mujer mora, noble como Al-

manzor, que no vacila en entregarse amorosamente al castellano para que pueda obtener un hijo que lo vengue.

Pasan unos años oscuros y de fría vejez para el padre tan iracundamente podado de sus hijos. Yo le veía pasear en solitario; sus soliloquios yo sólo los escuchaba. Rodrigo Velázquez y Lambra de Bureba, sólomente se acordaban de los Infantes en las noches de insomnio. Hasta que un día, los caminos de Salas, por la parte de Hacias, se animaron con el ruido y color de una comitiva cordobesa... La presidía Mudarra, el bastardo del castellano y de la mora. Has leído los versos del Duque de Rivas en un poema que es cumbre de vuestro romanticismo. Mudarra y sus doscientos caballeros matan a Rodrigo Velázquez, y, en pira colosal, queman a Doña Lambra... El viejo Gustios sonrío a la vida antes de entregarse a la muerte... Mudarra ya no desampara este país y hoy puedes contemplar su tumba en el claustro gótico florido de tu Catedral de Burgos, trasladada de San Pedro de Arlanza.

Esta página de odios y venganzas desenfrenadas, no es la única que protagoniza Doña Lambra. En todos los países hay una mujer que encarna el mal. Los hombres sabéis las vidas de Cleopatra, Agripina, Brunequilda, las brujas y las hadas rojas... En mis orillas, al mal lo llamamos Lambra.

Yo he oído contar a mis ribereños en las noches de invierno, al amor de los leños de enebro, que Lambra se burló de una comadre por haber alumbrado dos hijos de un parto. Más, un justo castigo, grávida ella, libró simultaneamente siete (siempre el número siete, como en la cábala). Horrorizada, mandó que arrojaran a mis aguas a seis recién nacidos. Yo sé muchos crímenes que ignora la justicia humana, pero nunca pensé ser cofre de tamaña monstruosidad. Por fortuna, Ruy Velázquez, que aquí hace de bueno, logra salvar a sus seis hijos y los cría secretamente. Un día, rebosante su corazón de odio a su mujer, Velázquez prepara una gran fiesta en la que comparecen los septillizos y pregunta desencajado:

¿Los conoces, mala mujer?

El apóstrofe fue tan violento, la situación para Lambra tan insopor- table que sólo halló el recurso de desaparecer. Y cabalgó como loca, sierra arriba, entre pinares, y en la Laguna Negra se zambulló para siempre, mientras las risas de sus siete hijos llenaban las oquedades de los montes.

Esta digresión ha motivado este nicho del presbiterio de la iglesia mayor de Salas. La torre de esta iglesia encabeza la altura del poblado y guiña los ojos de sus campanas con el castillo de Castrovido y la peña de Carazo. La ciudad se desparrama hasta mi orilla. Observa sus tejados ro- jizos y sus chimeneas cónicas en las que se ahuman unos jamones, cho-

rizos y morcillas de tentadora suculencia. Y ¡qué curioso! Mira cómo se pelean seis gatos negros. seis, en aquel tejado. Tu me preguntarás que si son negros todos; los gatos de Salas y te diré que no; los hay pardos, blanquinegros y rubios; pero en Salas siempre hay seis gatos, seis, de color negro. Esos seis gatos, seis, que esta mañana hacen una madeja oscura sobre un tejado son seis almas de moros en pena. Se deslizaron a robar y fueron acuchillados por los vecinos. Sus almas fueron castigadas a errar por los tejados en forma de gato... Son seis, seis gatos negros...

Hoy Salas tiene en su mano la baza del porvenir. No conoce apenas el cáncer de la emigración y las cartas de esa baza son el pan, el saber y la fe. Yo creo en el éxito feliz de esta oportunidad y te quiero explicar los motivos razonados:

En Salas hay una apreciable riqueza industrial. Sin desdeñar ningún esfuerzo quiero congratularme con la firma TAM. La industria de la madera me emociona... No te olvides que soy hijo del pinar.... Las gotas de mi seno se estremecen al runruneo de los camiones cargados de pinos cortados. Esos mismos pinos, abrazados a las nubes, me engendraron a mí. Son como los huesos sagrados de vuestros padres... Yo los veo hacinados en pila gigantesca esperando la hora de ser engullidos, triturados, pulverizados por máquinas poderosas... Al deshacerse exhalan una aroma que me embriaga... Huele a bosque y yo impregno mis aguas emocionado. Es un olor vigoroso y paternal. Te confieso que siento más orgullo que pena. TAM da una nueva forma a los pinos de la serranía en sus tabletos aglomerados y luego los lanza por España entera como embajadores de la eficacia, del vigor y del perfume. Así la sierra y yo, el río ARLANZA, llegamos a todos los rincones y estamos presentes en los nuevos gustos de los hombres.

TAM se amplía. TAM da pan y lumbre a mas de cien familias. TAM fabrica por valor de más de millones de pesetas anuales. TAM arrastra una cuerda de muchos intereses beneficiosos para muchos. TAM ha levantado un hotel elegante que da primor a Salas. TAM muestra su industria con amabilidad. Así puede hablarte el río ARLANZA de TAM a tí que nos tienes en TAM intereses materiales. Estoy contento y a veces, mis aguas en los troncos de los árboles hacen ¡tam! ¡tam! ¡tam! ¡tam!

Después del pan resulta imprescindible el saber, en el que los ríos tanto admiramos los hombres. Y, en este aspecto, Salas ha sido afortunada. Quiero referirme a mi vecino el «Colegio de San José», de las Hermanas del Niño Jesús Pobre. El conjunto edificado es sorprendente: no se ha escatimado los elementos para alzar una cátedra dignísima en la que se eduquen las futuras mujeres de esta tierra. Este Colegio honraría a cualquier capital por las que pasan ríos caudalosos y orgullosos. Yo admiro a las Hermanas, que salvando las fronteras de su hermoso país y

de nuestro idioma, se dedican a la perfección de las mentes y de los corazones. Cuando me llega la cantinela escolar de las niñas me satisfago en mí mismo.

La tercera oportunidad corresponde a la Iglesia, esa realidad que tiene las vías de vuestro destino inmortal. Yo sé que moriré en día. Cuando nació cuando discurrí por vez primera por este valle los hombres no existiais... Llegasteis mucho después. Desde mi orilla yo veo todos los días morir a seres humanos. yo también me evaporaré un día, cuando el mundo, cansino y maltrecho, se detenga por la ley de su creación. Pero vosotros no gustáis la muerte del todo. sois inmortales ¡sois para siempre!... La inteligencia es para siempre y yo.. pobre río ARLANZA... no tengo inteligencia... Sólo albergo un sentimiento...

La Iglesia prepara aquí y ahora obras de aprecio. No son proyectos, son realidades. Has oído a su joven pastor exponer con entusiasmo la marcha concreta. Don Feliciano Ezquerria te hablaba de que Salas se constituiría en una plaza de Dios: aquí se concentrarán, en vida apretada, los sacerdotes de la comarca, ampliando el viejo alfoz que poblará García Fernández. Desde su castillo, los sacerdotes vigilarán el crecimiento de las almas, como desde la roca los antiguos vigías observaban el campo árabe. Se rodearán de jóvenes que profundicen en sus almas el sello de Dios y hagan de su vida un testimonio de la educación sacerdotal que recibieron. Con estos empeños, tal vez no se erijan retablos como el que hemos admirado en Santa María; pero se harán en las almas bellezas superiores, porque el moldeo de los espíritus es más meritorio que el de los leños. Te lo digo yo que sé de la dureza de los árboles, de las peñas y de los hombres...

Me alejo de Salas recibiendo las aguas del modesto río Círuelos y rozando la estación y ferrocarril que unirá —los hombres sabréis cuándo— a Castilla marinera con el Mediterráneo. Yo he asistido al nacimiento de esta idea y a su presurosa y parcial ejecución allá por los años 30 de este siglo. Ahora soy testigo de su anemia circulatoria. Dicen que no hay tren auténtico para las gentes porque no hay negocio para la Red y no hay negocio para la Red porque no hay ferrocarril auténtico para las gentes... Los ríos ignoramos muchas cosas, los ríos ignoramos los círculos viciosos.

A mi izquierda, antes de acariciar la base de Carazo, queda Hacinas, lugar donde para el monje que compuso el poema de «Fernán González» se libró la más descomunal y decisiva batalla de la Reconquista. Así lo dicen los versos solemnes. Luego queda Ahedo, anillado por las hayas que la dan nombre y sombra y La Revilla, lugar desgajado de Barbadillo del Mercado en 1774 y constituido en entidad municipal independiente. Comprendo que mi marcha es anárquica y libre y que perjudico a la

tersura de la zona. Amo tanto a estas tierras que me dejaría embridar por canalizaciones adecuadas. Es indudable que una racional aplicación de mis aguas a los praderíos multiplicaría las riquezas de estas tierras y gentes. Estas son tierras de Lara y no olvides que antaño este señorío encerraba tal riqueza agropecuaria que el Maestro Berceo, que abarcó muchas veces con sus ojos este paisaje, pudo escribir un verso en romance de palacio que bien valía un vaso de buen vino, ensalzado la gloria de Santa Oria:

«Dios sólo faz tal cosa, que sus siervos empara,
que no podie comprarla todo el alfoz de Lara»...

Habéis de insistir ante las Autoridades competentes porque yo, el río ARLANZA, estoy dispuesto a colaborar.

La sombra de la peña de Carazo me acompaña. Ante el empuje castellano del siglo X los árabes fortificaron todos los puntos de resistencia y no olvidaron la rampa lisa y vertical de esta Peña, cuyo nombre suena a ídolo oriental. Las defensas eran enérgicas y sus vestigios aún duran. EL POEMA antes dicho lo recuerda:

«Una sierra muy alta, muy firme castelar»

Detrás está Silos con su inalienable y glorioso rango abadengo. Algún extraño pecado he cometido, al no permitirme la Providencia acercarme a Silos y cantar mi copla de agua clara en su claustro románico. Yo conocí a Domingo, el Santo restaurador, y a Berceo, su biógrafo. Precisamente por este puente de 12 ojos de Barbadillo los ví pasar, camino de San Millán de la Cogulla, siguiendo la vía romana que de Clunia buscaba en la Rioja la gran calzada que desde Zaragoza llegaba a Astorga. Conozco y me conocen, la legión de personalidades que ha albergado el monasterio en tiempos antiguos y recientes, como los sabios abades Luciano Serrano y Justo Pérez de Urbel... Cada día pasan comitivas de peregrinos y turistas; obispos, reyes y grandes señores. Me consuelo declamando los versos allí y para allí compuestos, mas si vuelves a Silos oye el ruego de este amigo tuyo permanente, aunque sea un río: habla de mí a las piedras románicas. Diles que las primeras gotas de lluvia que recibían serán los besos que las envía un río castellano.

Hoy por hoy, y espero que por muchos años, Barbadillo, esta villa amiga que sentada en un altozano dejo a mi derecha, frente al monte Gayubar, tiene tiene una ventaja excelente: la que presta Saturnino Marañón. Saturnino Marañón es el Andrés Morejón, de Móstoles, o el Sáinz de Baranda madrileño. Saturnino Marañón, treinta años con la vara de la alcaldía de Barbadillo, es capaz de declarar le guerra a los franceses. Los Marañón alargan sus raíces centenarias en la villa de Barba Tello (Barbadillo) según se lee en escudos y tumbas. Saturnino Marañón ama a Bar-

badillo tanto como cualquiera de los otros vecinos y tanto como su cura don Agustín Peña. Entre todos están buscando un porvenir mejor para su lugar y es antiguo el dicho de que «quien busca halla». Por de pronto, la emigración se ha frenado con una Cooperativa municipal y con un taller parroquial, donde las jóvenes cosen, y cobran lo cosido de muchos pantalones que luego exhiben piernas de «twist» en las ciudades. Ellos claman por un plan de regadío. Son 512 habitantes, con dos tabernas y una fonda, a los que quiero entregarme. Cinco molinos muevo en su término y otros cinco movería. Ciento cincuenta hectáreas riego y me atrevo con seiscientas... Venid, humanos, ayudme a hacer el bien, que el río ARLANZA se hace mendigo...

Recorramos el pueblo en trío amigable, el alcalde, el río y el confidente. Tres espíritus con una misma ilusión. La iglesia es de buena traza exterior, con líneas de Renacimiento, aunque en la portada declara que «me fizieron en 166» y tantos. Es de tres naves con un altar churrigüesco y una imagen de San Pedro ampulosa y poseído de su dignidad. San Nicolás se exhibe en un buen altar y hay algunos lienzos de muertos descarnados que impresionan en la penumbra del templo.

La plaza es amplia y solemne, presidida por un rollo de mérito y con casas blasonadas e hidalgas, y aún fuera más loable si la nueva Casa Consistorial hubiera sido plantada más hacia atrás. En Barbadillo se agrandan las casas de los Mayorazgos o de las Viudas, construida por el bachiller Juan de las Eras en 1650; el palacio renacentista y coqueto de los Acuña-Escalona. Hubo convento de padres dominicos hasta 1835 y hoy se aprecia su traza. La iglesia, cuyos primeros patronos fueron un «Marañón y Gumiel e Isabel de Salinas su mujer», posee una buena tabla de la Virgen del Rosario y su leyenda de la trágica muerte del primero que osó profanar su altar, tras la infausta desamortización de Mendizábal.

Detrás de la iglesia, en el espacio donde llora la fuente que en 1944 inauguró el entonces y hoy alcalde Saturnino Marañón, se alza una casona cuadrada y litúrgica: es la botica. Aquí debemos escribir botica y hablar de la rebotica, la clásica y medieval trastienda atestada de botes con polvos y ungüentos. Las dos hermanas —señoritas Sáez— que regentan esta botica, son amables y nos muestran lo que constituye un tesoro legítimo: botes de cristal antiguo y botes talaveranos, con hojas, huesos, palos, troncos, coral, piedras preciosas, limaduras de misterio, polvos de mil clases. En un bote, media pata de ciervo; en otro, un sapo extraño. Luegos, almireces grandes como campanas; hornillos, alquitaras... Toda la farmacopea pasada, cuando la fe en las manos de boticario tenía la misma eficacia que el inyectable o la pastilla de hoy.

A la derecha de la botica está la casa de doña Victoria. Por ella vaga, irónico y desafiante, el espectro de don Jerónimo Merino. Dice la leyenda que doña Victoria era la confidente del cura guerrillero. Pero lo dice con inocencia, sin la acritud anticlerical y cáustica que puso en su pluma don Pío Baroja. Doña Victoria, como otras muchas mujeres españolas, no tuvo inconveniente en prestar el auxilio que podía a la causa de su patria, y con frecuencia escondió al guerrillero tonsurado y siempre le informó de cuantas noticias los franceses dejaban en su estanco, entonces no sólo de tabaco sino también de sal. Eso fue todo y alguna sonrisa a los oficiales franceses para sonsacar mejor sus intenciones.

Ya a las afueras, como coto agorero, están las ruinas del llamado palacio de doña Lambra, la mujer cuyo recuerdo soporta Barbadillo como si fuera un castigo. Como contrapeso florido, este es un término de ermitas y de cruces. Un calvario de piedra guía a los devotos, en oración doliente, hasta el lugar de Pinilla de los Moros, y como oasis de la plegaria se alzan las ermitas de San Mateo y San Cristóbal. Frontera al pueblo, a mi izquierda, se ve la ermita de San Juan, cobijada bajo el cerro que llaman de Mahoma. Habéis de prestar atención a ese templo; y no recuerdo bien los siglos, mas me parece haberlo visto alzar en la época visigótica. Podéis comprobarlo. Junta a ella hubo enterramientos; profanados cada día al extraer arenas. Hasta que don Saturnino lo prohibió.

Así es —habla el Alcalde con gesto de autoridad—, dí la orden de que se respetase a los muertos...

Apenas abandono Barbadillo se me entrega el Pedroso. Es un río cantarín, humorista y lozano. El se da mucho tono porque sabe que sus aguas crían las mejores truchas de toda la región. Creo haberte dicho que la ciudad de Burgos —el pez grande come al chico—, las tenía acotadas para convidados regios. El Pedroso —así llamado porque su lecho es un osario de cantos rodados— me recuerda el perfume serrano en el que yo me embriago al nacer. El recibe el ambiente de esa parte de la Demanda, en la que se asientan Monterrubio, Ríocavado y entrambos Barbadillos, de Herreros y del Pez. El me presenta en su fría lámina la silueta de la parroquial de Vizcaínos. A veces, su sabor es agreste, de árboles y prados; a veces es repulsivo y escamante y tardo en averiguar que el Pedroso, arañando en sus entrañas, revuelve hierro, carbón y bronce. Por aquí puedes ver lavaderos y cargaderos de mineral, en práctico desuso hoy. Vuestra generación no admite la riqueza mediatizada y habéis abandonado estas explotaciones que, antaño, dieron empuje a viveros y ferrerías.

Menos de una legua recorreremos el Pedroso y yo hasta llegar a Cascajares, donde Fernán González estrenó la victoria, lugarcito de veinte vecinos, sobre la carretera Burgos-Salas. El caserío se apiña en la plazoleta

de la iglesia. Ante ella montan una guardia milenaria dos olmos negrillos. ¿Cuántos años tienen esos árboles? Yo no lo sé, pero las arrugas de su corteza nos darían una cifra sorprendente.

La iglesia forma un conjunto curioso. Al presbiterio y al ábside los tengo por joya del primitivo románico y aún visigótico. Recuerda que estamos cerca de Santa María de las Viñas. El resto no tiene importancia; se acopló a la iglesia primitiva hace acaso trescientos años. ¡Ah!, pero la pila bautismal sí, la Pila bautismal con sus adornos de plantas es muy interesante.

Otra legua escasa y me presento en Hortigüela, donde 240 habitantes se afanan en una tierra de hortalizas y ganado. Aquí me encuentro al viñedo. Cuando abandono el blasón del pinar me adorno con los pámpanos. Soy un río afortunado. Las vides atienden en mis laderas como alfombras de un rey de oriente. Yo las requiebro en invierno. cuando parecen muñones tronzados en un campo de batalla, pájaros agoreros transidos de frío, y consigo que levanten su cabeza y se llenen de verdor y de racimos. Las vides de mi orilla no dan caldos famosos ni abrasivos, pero para acompañar a las chuletas asadas con sarmientos, no hallarás otro mejor.

Antes de Hortigüela giro sobre mi centro y abandono la carretera Burgos-Salas; doy mi derecha a la que aquí nace y une a Covarrubias y Lerma. Esto exige hacer un saludo de despedida a los nidos roqueros de Castrovido, Lara y Carazo. Tres fortalezas ojeando un mismo campo y a un mismo enemigo, irreductibles al ariete, pero incapaces de soportar al paso de los siglos.

Abandonada Hortigüela, me enfrento con la suavidad y dureza de las Mamblas. Suavidad y dureza se contradicen en vuestro idioma, pero la hermana tierra ha tenido el capricho de ayuntarlas. Mamblas y su diminutivo Mambrillas, son castellanización de la voz latina «Mamilla». que significa pecho, seno de mujer. Y aquí es nombre apropiado porque los montes forman un torso perfecto de matrona, en el que emergen dos mamas abundosas y suaves. Como también a los ríos nos placen los tactos delicados y mi lecho aquí son montes abruptos; por eso te hablaba de dureza y suavidad.

Pero yo no puedo aventurar cuatro leguas solitarias y curvas de mi andar, sin presentarte al personaje fundamental de nuestra historia castellana, al que llena estas oquedades como incienso de rito isidoriano al caudillo providencial que supo aunar las voluntades dispersas de Bardulia y crear la conciencia de su propia unidad de destino. Te presento a don Fernando González, el que en esta serranía y junto a mis aguas alzó para la historia la cuna de CASTILLA.

A Fernán González han querido obscurecerlo sumergiéndolo en la leyenda. Pero no. Yo llevo en mis aguas su rostro inolvidable y el eco de sus palabras y la decisión de sus gestos. Yo lo conocí cuando era un muchacho de ojos grandes y hombre maduro y anciano brioso y ponderado. Yo ha que vigilo su sepulcro nueve siglos en San Pedro de Arlanza y uno en Covarrubias. Yo doy fe de Fernán González y de su rango excepcional, Para mí, humilde río ARLANZA, es el capitán por excelencia.

«Así como entre las flores
la rosa nunca se esconde,
Don Fernán González, Conde,
floreció entre los mejores».

Versos éstos, de Hernán Pérez de Guzmán, llenos de certeza. Pero caminemos tras las huellas del héroe. Estos peñascos y estos enebros saben mucho de sus gestas. El silencio se ha cuajado, como si fuera leche, y se ha hecho aire puro y roca pura. Sólo los aguilucho y los jabalíes rompen, en sus días y noches de celo, el cristal de este silencio.

Estas estrechas riberas se animaron ha pocos años con máscaras sorprendentes. De repente, en pleno siglo XX, me pareció volver al X. Pero no me engañaron las purpurinas ni las chapas. Comprendí enseguida que se trataba de filmar una historia. ¡La historia de Fernán González...! Y temblé. Mi miedo ha resultado cierto, por desgracia. Aquel espectáculo que se tituló EL VALLE DE LAS ESPADAS fue eso, un espectáculo cualquiera. No era en absoluto la vida de mi caudillo.

Fernán González ha tenido una desgracia inicial, de la que, afortunadamente, se libró nuestro Cid, el único Cid. Rodrigo Díaz de Vivar es del Arlanzón, como mío es Fernán González. Este no tiene un cantor o historiador de privilegio. El monje de Arlanza que compuso su POEMA, hizo una obra excelente. a pesar de ser tan pequeño su mundo, pero tardía. En definitiva, la talla de Fernán González hay que medirla por el resultado que hizo obtener, contra toda adversidad, a su pueblo: CASTILLA. Y con este nombre sagrado todo está dicho.

Detente; estamos en San Pedro de Arlanza. Yo no llevo agua suficiente para llorar estas ruinas. Vuestra incuria es tan grave que todos los ríos no bastamos para borrar esta culpa. Aquí está la cuna de Castilla, su Covadonga... Pasea en silencio, recorre su iglesia sin techumbre; los claustros desportillados, las sepulturas resquebrajadas, las dependencias conventuales cambiadas de destino... Y ahora, siéntate como Jeremías sobre la Jerusalén devastada y lee. Lee este soneto de un poeta que ha tocado mi corazón. Tiene también alma sacerdotal. Es amigo común nuestro:

«Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad y de añoranza,
fueron ayer - -condal ayer— Arlanza,
sin los lutos de yedra y zarzamora.

Y ¿pudo aquí Castilla ver su aurora?

Y ¿a su condal independencio alcanza
esta piedra, este mármol? La alabanza,
Fabio, suspende y en silencio llora.

Cuelga la lira porque muda calle
canción de ruina y arte por el valle,
canción de sol y luna por el monte.

Harto es que Arlanza, lúgubre y sombrío,
se refleje en la lámina del río
ancho de historia y breve de horizonte».

Así se clava la angustia en el alma de Bonifacio Zamora. Vamos de aquí. Huyamos antes de que gentes extrañas silben con desprecio y meneen sus cabezas riéndose de nuestra desgracia. ¡Cuidado! No vuelvan los árabes y los enemigos del buen Conde y se carcajeen ante estas ruinas. El pantano cuyas obras visitaremos enseguida, anegará este recodo. No tengas pena. Las nuevas generaciones oirán que yo oculto un monasterio famoso, en el que se celebraron los primeros consejos de Castilla, y el baldón caerá sobre mí sólo. Pero escucha un consejo:

Ese claustro y ábside y torre no deben quedar ahí. Deben seguir el camino de Burgos o Madrid o Covarrubias, donde otras piedras los precedieron. Mas, resignándonos a lo peor, a que queden cuando yo empiece a subir, las autoridades deben obligar a la empresa Portolés, que maneja los millones de pesetas del pantano, a que construya algo digno del recuerdo y lugar sacrosantos. Oye mi opinión: Aquella ermita que ves sobre aquel risco es la de San Pelayo, el monje que con dos solos compañeros, San Arsenio y San Silvano, habitaba estas breñas y fue el confidente de Fernán González. Esa ermita está tan abandonada como el monasterio. Ahí debe alzarse el monumento con las piedras de San Pedro. Mis aguas nunca llegarán a esa altura, pero me complaceré en lamer la base, no de un cipo o de una ermita, sino de un templo y balcón donde se ore y se alcen los ojos a lo infinito.

Vamos de aquí. Dejemos las piedras del siglo X y las del XI y del XVII y XVIII... Deja al jaramago que prosiga su obra destructora; no quites las ortigas de la iglesia; deja a los cernícalos dibujando garabatos en el aire. Vamos por el camino ancho, porque has de saber que yo horado de montaña por debajo del monasterio. Sigamos, a la inversa, la ruta

que un día de 970 recorrió la comitiva que transportaba los restos de mi caudillo. Sólo la muerte pudo vencerlo. Bien dijo el poeta:

«quiso Dios al buen Conde esta gracia facer
que moros nin cristianos non le pondien vencer»...

«Murió el hombre, mas no su nombre», como sabiamente enseña el Conde Lucanor en su «Libro de Enxemplos» (XVI), refiriéndose a mi Señor.

Los ríos hemos nacido para caminar. Si nos detenemos, morimos. El mar es nuestra tumba. Pero los pantanos, no, Las presas son los obstáculos en las carreras de caballos. Henchimos el pecho y saltamos sobre ellas. Ahí quieren hacer un pantano. Cruzadas las dos puentes y las curvas, en las que me enredo por los montes, se intenta construir el pantano de Retuerta.

La presa del pantano, unos cuatro kilómetros antes de Covarrubias, es un problema técnico. El emplazamiento es exacto, pero las laderas de los montes que me encajonan no ofrecen solidez. Son de tierras rojiza e inconsistente. Ante la dificultad, las obras empezadas con brío llevan un ritmo espaciado. Las residencias de los técnicos se elevan en un enfaldo soleado, al que han raído berezos. La solución de la presa llegará, porque los hombres acabáis venciendo siempre.

Retuerta —Rivi torta: río torcido— es ese pueblecito de cincuenta vecinos que ves a mi izquierda, lo sumergiré enteramente. Se quedarán sus gentes sin haberes y sin casas. El pantano será un bien extraordinario para las tierras llanas burgalesas, palentinas y vallisoletanas. Para mí es una multiplicación de mi gloria y de mi influencia. Pero no hay que olvidar a los humildes labriegos de Retuerta. Ya viven la urgencia; algunos ya se han ido. Oiste en la taberna que Fermín Núñez, setenta años labrador, se va mañana a Barcelona. Tiene apostados mil duros a que se va en burro, pero nadie quiere prestarle el burro.

Retuerta: consigue la exención de la autoridad civil de Covarrubias. El caserío de Retuerta no tiene particularidades. La iglesia parece carmelitana en sus líneas y tiene dos buenas tallas del siglo XVII de la Virgen del Carmen, patrona de las aguas, y de Santa Teresa. En la sacristía hay una notable imagen medieval de nuestra Señora. Aledaña al pueblo está la ermita de Santa María, con tablas de cierto mérito.

La tierra se ensancha; el horizonte se amplía. En un recodo del camino se recortan las torres de Covarrubias, capital de un infantado, señora entre las villas. Mas ¿no te parece que el camino ha sido un poco largo? Descansa, que otras jornadas sabrosas nos esperan.